



rayos todos los astros que brillan durante la noche (1).

En los dos poemas que nos ha dejado, y que a antigüedad ha rodeado con sus más-extraordinarias y magníficas adoraciones, el ciego de Chio se eleva á una altura de concepciones y de pinturas desconocida hasta él. Su relacion majestuosa y sencilla avanza en medio de episodios hábilmente ligados y de detalles maravillosamente elegidos. Las costumbres, las creencias, las instituciones, toda la existencia antigua está allí viva y animada. Los jefes y príncipes de pueblos, con su carácter cortado y sostenido; el fiero Agamemnon, el sábio Nestor, el pérfido Ulises, el indomable Ajas, el divino Calcas, por encima de todo, el generoso y vivo Aquiles, pasan y repasan ante los ojos del lector. Se les ve, se adquiere interés en sus actos, se toma parte en sus querellas, se les sigue en el campo de batalla. Héctor, el magnánimo Héctor, se presenta á nuestra vista; con el hierro y el fuego en la mano, arroja hácia sus naves los griegos aterrorizados; pero el hijo de Tetis se abalanza y de su mano parte el golpe fatal. Lloramos con Andrómaca por la muerte de su esposo; entramos con el anciano Priamo en la tienda del vencedor; besamos con él las manos de su hijo, tintas todavía en san-

(1) No ignoramos todas las disertaciones que se han hecho desde hace muchos siglos en pro y en contra de la existencia real de Homero. Este inagotable texto suministrará, sin duda, mucha materia á los ejercicios de la crítica. Hemos estudiado las razones de los dos partidos, y creemos poder, sin entrar aquí en un largo é inútil detalle, unirnos á una opinion mixta en cierta manera. Homero, el poeta, el autor de la *Iliada* y de la *Odisea*, ha existido realmente, porque nos parece imposible pensar que el casual encuentro de trozos de diversos rapsodas, ó de otra manera, sólo la casualidad haya podido obrar el prodigio de una concepcion tan larga, tan completa, tan única como la *Iliada* ó como la *Odisea*. Sin embargo, admitiendo una única, una obra completa, reconoceremos también que han podido haberse hecho intercalaciones despues de su concepcion; que han podido introducirse fragmentos extraños en el cuerpo del poema; era una cosa inevitable con los medios de reproduccion y de publicidad de esta remota época. Pero en cuanto á la posibilidad histórica está probada para nosotros. Homero ha existido como los grandes poetas de la India, como los sábios de la Grecia, como los filósofos de la China.

gre; doblamos la rodilla con esta real majestad, más grande todavía por la consagracion del infortunio; y ante este espectáculo, ante los dolorosos acentos del anciano, un grito de admiracion se escapa de nuestro pecho. Es quizá la más sublime creacion del genio humano.

Sígasele, en efecto, en la *Iliada* ó en la *Odisea*, escúchense las disensiones de los jefes y los combates de los pueblos, ó uniéndose á la suerte de Ulises y á sus grandes desórdenes, por todas partes se encontrará un profundo estudio del hombre y de las pasiones, una ciencia verdadera de la naturaleza y del corazon; y esto, en medio de un lenguaje pomposo y natural á la vez, descripciones maravillosas ó grandiosas, documentos inapreciables y de una escrupulosa fidelidad. Hé aquí lo que ha constituido el inmenso renombre del gran poeta; hé aquí lo que hacia tomar á sus versos por ámbros de un amojonamiento de territorio entre dos naciones; hé aquí lo que hacia latir el corazon del conquistador macedónico, y lo que asegura al cantor de *Ilion* una gloria tan duradera como la humanidad.

El vuelo se ha dado ya, y por toda la tierra de Asia se extendieron los rapsodas, sucesores y discípulos de Homero, y cantaban sus versos á la Grecia desterrada. A su imitacion, Lesques, de Lesbos, compuso una pequeña *Iliada*, y los demás homéridas se ejercitaron en todos los hechos de la gran guerra de Troya (1).

No era tal por tanto la tendencia homérica que excluyese toda otra composicion; había por el contrario abiertola carrera á todos los géneros. Musco había dejado una teogonia; originario del Asia Menor, y trasladado á la Grecia Central, Hesiodo tomó allí quizá la idea de su poema.

Canta la misteriosa genealogía de las divinidades; el pensamiento oriental domina en su sistema; es sentencioso y dogmático; su composicion tiene el sello del genio asiático disfrazado con las concepciones griegas. Entre los

(1) Para todo esto: *Mármoles de Paros*, época treinta; *Procl.*, in *Bibl.*; *San Clemente de Alejandria*. *Stro. mata*, I, Pausanias; Poirson, *Resúmen de hist. ant.*, pág. 254.



graciosos episodios y deliciosos pasajes, reproduce la nocion de una série de divinidades extrañas á la Grecia de los más modernos tiempos. Designa á *Caos*, á la *Tierra* y al *Tártaro* como los primeros dioses: esto no es sino la materia en un desórden más ó ménos completo. Viene despues en cuarto rango el dios por excelencia, el *Amor*, Eros, el Dios supremo, el más bello, que disipa los cuidados, que somete á sus leyes los corazones y los pensamientos de los hombres y de los inmortales. Este es el dios de quien Orfeo había dicho: «Sólo él tiene las riendas del imperio del mundo, por todas partes dirige su vuelo; está acompañado de una luz pura que arroja las tinieblas del caos; su voz retumba en toda la naturaleza.»

De esta idea á la del fuego simbólico del Oriente, sutil agente de toda reproduccion y principio motor del mundo, no hay más que un paso. Fácilmente se concibe la transicion, y si nos es permitido hablar así, la transfiguracion de los dogmas y de las creencias. Las opiniones orientales toman en cierta manera forma y hábitos del Occidente con el autor de la *Teogonia*.

Hesiodo celebra también los *Trabajos* y los *Dias* y el *Escudo de Hércules*. La agricultura y la astronomía eran entonces de interés general, como la gloria de Acides era familiar á todos.

Los mismos asuntos, historia de los dioses y aventuras de los héroes de la Helada, son pues los que inspiran á los poetas de toda esta época. Pisandro de Rodas deja dos poemas sobre los *trabajos de Hércules* y los *amores de los dioses*; una *Tebaida* y una *Teseida*, son obra de otros dos poetas cuyos nombres se han perdido. Todos estos trabajos volvieron á entrar en la epopeya, y el ritmo antiguo, el exámetro de Deífos es su único lenguaje.

El arte de la poesía no debía limitarse á esta esfera ya tan vasta. Hácia el sétimo siglo un gran movimiento de invasion y una actividad notable se hace sentir en las afortunadas ciudades de la Jonia. En Paros, Arquiloco inventa el verso *yámlico*, y se sirve de él para remontarse al ditirambo y vengarse en la sátira. *Arion*, de Lesbos, perfecciona la poesía exalta-

da, y en su entusiasmo entona himnos magníficos; en tanto que *Terprondo*, de Lesbos, añade nuevas cuerdas á la lira, y nuevos cantos á las colecciones sagradas.

Por lo demás, esto no era otra cosa que el preludio de una época más brillante para la Grecia y más famosa para los esfuerzos del genio del Occidente; su desenvolvimiento le veremos en el próximo período, abrazando de un solo golpe de vista todos los hechos que acababan de ofrecérsenos; examinada con atencion esta pintura, nos parecerá, sin disputa, este período uno de los más importantes de la historia del espíritu humano.

El genio del hombre no había llegado más que á la infancia; crece repentinamente á la sombra de los altares y aparece en este momento con una fuerza pasmosa de produccion. Las obras de esta época tienen un no sé qué de ardor juvenil y de vigorosa majestad. De Valmiki á Homero, del *Ramayana* á la *Iliada* se descubren siempre grandes ideas, hermosas pinturas, magníficas inspiraciones. La poesía es como un recuerdo de los templos de Benares y de los muros de Tirinto; la epopeya, en lenguaje de las edades primitivas, no se reproducirá jamás con una energía semejante y con una elevacion tal de composicion y de concepto. Sucederá en esto como en la filosofía. En los sistemas de los tiempos antiguos los errores son de gran trascendencia; todo de un alcance superior; todo es heroico, los sistemas como los hechos, lo mismo las poesías que los hombres. Este es el tiempo de Hércules.

El Rustam del Oriente, el gigante de la India, el rey de los árabes, dicen, como Alcidas, «non plus ultra,» y su palabra se ha cumplido. Este primer esfuerzo es el más alto punto á que puede remontarse el hombre; jamás se llevarán á cabo monumentos más prodigiosos que los de Menfis, Salceta y Micenas.

Indudablemente el arte se perfeccionará; la forma será más estudiada, la naturaleza más escrupulosamente reproducida, lo bello, el tipo ideal será el punto de mira buscado con más avidez y más felizmente hallado; pero lo grandioso, lo sublime jamás se reproducirá con más brillantez ni más constancia que aquí. La





poesía se formará bajo diferentes tonos ó estilos; cada día extenderá su dominio; alcanzará la perfección en los detalles y en los géneros; se verán *trágicos, cómicos, líricos*, algunos serán de igual mérito que los más sublimes del genio, pero no habrá jamás un Homero.

Dos fases distintas se notan en este período. La India, sacerdotal todavía, domina en primer término; en ella se resume la más bella expresión de la creación oriental. La Grecia de Asia recibe después la corona sin sospechar de quién procede tan rica herencia. La nueva reina iguala, y quizá supera, á su rival. Homero es el tipo más acabado del genio occidental.

Grandes eran, pues, las obras de estas nobles inteligencias. Y sin embargo de toda esta actividad, de todos estos sublimes trabajos, ¿qué beneficios reportaba el bien espiritual de la humanidad? Este deseo íntimo del alma, esta imperiosa necesidad de nuestra naturaleza, este alimento del espíritu, sin el cual desfallece y muere, la verdad, en fin, ¿en cuál de estas excelentes obras hallaba su explicación?

Es preciso confesarlo para vergüenza nuestra: todas estas maravillas del arte no eran más que destellos del error, y la mentira se servía del genio para perder más indefectiblemente al género humano.

El mal de las filosofías era muy grande é irreparable; el de las literaturas fué todavía más trascendental é incorregible. La filosofía atacaba al espíritu, la poesía combatía al corazón. Estos voluptuosos acordes completaron la corrupción que la severa lógica había comenzado; la sensualidad se despertó, y esta grande llaga del mundo antiguo la envenenaron abundantemente los poetas con sus trabajos. Agentes activos de degradación, los más grandes talentos no sirvieron más que para propagar en todas partes las doctrinas perniciosas, para consagrar los actos licenciosos y desordenados, para favorecer los malos instintos de nuestro ser por medio de la predicación del ejemplo, y por la autoridad de los divinos modelos. Y estas funestas lecciones estaban presentadas con tanto agrado, cubiertas, disfrazadas alguna vez con ropajes tan seductores, que era imposible resistirlas. Por otra parte, ¿qué poder no

tendrían estas enseñanzas, siendo casi todas la narración fiel de las aventuras de los dioses! Lejos de librarse de la corrupción cuando los inmortales descendían á la tierra para enseñarla, ¿qué boca permaneció pura cuando había cantado los incestos y los adulterios del Señor de los dioses y del padre de los hombres, y sobre qué frente se refugiaba el pudor desterrado de las regiones celestes?

Así, pues, la ciencia y la literatura, hijas del error, se unían en una fatal conspiración para perder al género humano: ¡triste y deplorable abuso de los dones más preciosos que hemos recibido del Criador! Licurgo desterraba á los sofistas de Esparta; Platón coronaba de flores á los poetas y les echaba de su república. Cada uno de estos grandes hombres había previsto el peligro, pero no podían remediarlo.

No era posible prohibir el estudio de los grandes problemas de Dios y de la naturaleza, sin proscribir á la vez los trasportes del entusiasmo y los armoniosos cantos del corazón. Tal era el orgullo humano, que fué preciso derribarle; tal era la indomable fiereza de la razón humana, que fué preciso someterla al yugo de la fe y de la verdad. «*Esta cosa santa y ligera*,» (1) el poeta, debería acordarse de su origen y de su misión. Entonces sus acentos subirían como un himno de gratitud á la bondad de la Providencia, como una oración implorando perdón y misericordia á la justicia del cielo.

Pero no era tanto el poder del espíritu humano que pudiera levantarse de su caída sin auxilio milagroso. Después de mucho tiempo había rehusado la obediencia, y renegado de los beneficios del Criador, por lo cual recibía el castigo de su crimen. Inaccesible al arrepentimiento, endurecido en su ceguera, se recreaba en la blasfemia; porque había «concebido el mal y producido la iniquidad,» y además, herido por la terrible sentencia, marcado en la frente como el rebelde Cain, había huido de la presencia del Señor y arrastraba sobre la tierra su deshonrosa y fatal existencia. Y en la

(1) *Kuphon chrema ó poietes estin kai agion*, dice Platón.



contemplación de una tan gran miseria, los ángeles del cielo, guardianes de los pueblos, se cubrían el rostro y lloraban en presencia de Dios.

Sin embargo, así como en los primeros días del mundo, en vez de los vicios de los hijos de la tierra, se elevaba sobre la montaña la voz de los hijos de Dios. Eran necesarios estos acentos para que el Señor no se arrepintiera de haber criado al hombre; era necesaria esta fe y esta esperanza de los acentos de la Judea para compensar los crímenes del universo; las lágrimas solas de estos justos eran capaces de contener el rayo en la mano del Todopoderoso.

La mentira y la iniquidad se desbordaban por toda la tierra habitada, el mismo pueblo santo despreciaba á su Dios, el sabio rey Salomón pecó en su vejez: «El buey y el asno conocen á su madre y á su establo, y el pueblo de Israel no me conoce, dice el Señor» (1). Entonces es cuando el hijo de Amós exclama: «¡Cielos, escuchadme, y tú, tierra, presta atención! ¡Hé aquí la palabra de Dios! Y de sus labios purificados por el carbón encendido brotaba la *profecía*, terrible y consoladora á la vez; su oráculo hace sufrir al pueblo ingrato, le predice sus desastres y su ruina, y cuando se presenta trémulo y aterrador, se oculta y busca el más profundo abismo para huir de la ira del Señor: de repente el águila descende sobre él, le toma en sus garras y le lleva al más alto cielo para manifestarle el resplandor de Aquel que «debe venir,» de Aquel que tiene sobre la espalda la nota de la soberanía,» y que se sentará glorioso sobre el trono de David.

Y después, hé aquí que el Señor desata la lengua de Jeremías y salen de su boca palabras llenas de fuego. Exhortará y amenazará á los impíos; los duros de cerviz no se humillarán, y entonces anuncia á la Judea, á Egipto y á toda el Asia las venganzas del Señor; y ante el espectáculo de tanta destrucción, tristes sollozos se escapan del pecho del santo profeta, y exhala quejas nunca oídas en un lenguaje de indecible tristeza y amargura.

Los cielos se abren en presencia de Eze-

(1) Isaías.

quiel, y tiene visiones divinas; y llega á ser para el pueblo culpable un signo y un prodigio permanente, y sus cantos fúnebres son como los cánticos de muerte de todas las naciones vecinas de Israel, y las estrellas del cielo lloran por este inmenso desastre. Después, á la voz del profeta, las osamentas se levantan y vuelven á vestirse de carne. Un pueblo nuevo aparece, el pueblo del Señor á quien se confía el tabernáculo de Dios: esperanza magnífica enfrente de la desolación.

Así cantaban, celebraban estos hombres las costumbres austeras, rechazando todo comercio con sus semejantes y echando sobre sí, como si fueran víctimas, todo el peso de las iniquidades.

Rehusaban el oro, no comían más que el pan que sacaban de la limosna, y con frecuencia era su comida en el desierto las raíces salvajes y el agua de las rocas; pero sus manos purificadas se levantaban hacia Dios para calmar su justa cólera. En vista de tal súplica, ¿quién no creería en la eficacia de sus ruegos? ¿Quién rehusaría pensar que la humanidad hallaría gracia delante del Todopoderoso, librándose de los efectos de su venganza?

¿Pero quién podrá describir dignamente el entusiasmo y la vehemencia abrasadora de estas sagradas palabras? ¿Quién podrá repetir su magnificencia y su aparato? ¿quién podrá inventar su pomposa y terrible expresión? Si anuncian la gloria de Dios, la fuerza de su brazo, ó la grandeza de su futuro reino, son los tesoros de la tierra y del cielo los que derraman en estos sublimes cuadros; si lloran sobre la ciudad rebelde y sobre la desolación del mundo, es una grande aflicción, un dolor que ninguno puede igualar; si hablan contra los vicios y las abominaciones; si reprueban la impiedad y el crimen, el rayo del cielo truena en sus acentos. Hé aquí en este cuadro presentes el hombre humillado y Dios ensalzado.

El genio produce con la *Iliada* el *Ramayana*; sólo el espíritu del Señor puede hablar como los profetas. Semejantes expresiones no están bajo el dominio del hombre.

El arpa y la lira de la tierra se quebrarán con tales vibraciones; á sus acentos el hombre





debe callar y rendir admiración. ¿Y qué haremos nosotros con nuestra miserable palabra? ¿Y qué deseamos nosotros al tratar de conseguir algún honor para esta pobre humanidad, esforzándonos por hacer descender sobre ella un destello de esta inmortal gloria? ¿Se les puede contar entre los hombres á estos poderosos genios á quienes el Espíritu Santo subyugaba de una manera tan extraña, y cuya boca servía de órgano á la eterna verdad? Oid: ellos saben resistir y luchar como el patriarca contra el ángel del Señor; pero «el fuerte del cielo» les toca á su piel y caen aterrorizados, y casi sin alientos, exclaman: «No, no puedo yo combatir más, Señor, yo hablaré;» y hé aquí que anuncian cosas inauditas y oráculos sobrenaturales. «Hijo del hombre, me dijo el Altísimo, hé aquí lo que te sucederá: te sujetarán y amarrarán con fuertes ligaduras porque es una raza rebelde (1). Mi carne será desgarrada; se embriagarán en mi sangre y yo anunciaré la venganza del Señor.»

Si, los ojos se llenan de lágrimas, la voz se turba, todo el sér se conmueve ante este espectáculo, y en un arranque de entusiasmo, se verán con respeto estas santas páginas, y del fondo del corazón se lanza un himno de gratitud.

Nada puede fatigar la eterna paciencia del Dios Todopoderoso, y es necesario que de edad en edad haga asegurar las promesas dadas en los primeros días. Cuanto más se aparta el hombre de él, tanto más se complace en colmarle de esperanza. Su pueblo mismo, que él ha elegido especialmente entre todos, cuyos pasos fueron guiados por su mano, su pueblo le rechaza y le abandona, y entonces es cuando la profecía brilla más maravillosa que nunca.

¿Mas también, no es él, este gran Dios, quien lleno de ternura por la humanidad, hija de sus predilecciones, se dignó proferir estas

(1) Ezequiel.

palabras de una dulzura infinita: «Puede una madre olvidar á su hijo y no tener compasión del fruto de sus entrañas? Pues aunque ella le olvidare, yo no me olvidaré de ti.»

Ha tenido, en verdad, compasión y piedad de ella el Dios de Abraham y de Jacob, como la madre tiene compasión del hijo que ha llevado en su seno. Las más extrañas ceguerales, los más criminales desórdenes no han podido quebrantar los decretos de sus misericordias. Así continuará, hasta que al fin la medida se colme, hasta que el mundo envejecido y agobiado sucumba, consumido por los desórdenes y cansado de crímenes, y se consuma al mismo tiempo el misterioso sacrificio de propiciación para rescatar al género humano de las trabas de la muerte.

Si seguimos ahora con la vista el espacio recorrido en los siglos cuya historia acabamos de indagar, veremos que se han cumplido grandes pasos en uno y en otro de estos dos órdenes de ideas.

La filosofía ha trazado y perfeccionado de un solo golpe sus más altivas decepciones en los libros de la India y del Egipto y en los cantos de la Grecia, al mismo tiempo que ella se conservaba con sus más santas verdades en los inspirados escritos del sábio de Israel, del rey «agradable al Señor.» La *poesía* se ha elevado á sus más magníficas como á sus más falaces armonías en la lira de Valmiki y de Homero, mientras que el arpa de los profetas vibraba, á la voz del Omnipotente, con divinas y sobrenaturales modulaciones.

El espíritu del hombre, en fin, perdía por todas partes las últimas huellas de la verdad y de la fe, y el espíritu de Dios se manifestaba en las revelaciones de la profecía. Así marchaban uno y otro, y así se continúa á través de las edades la incesante lucha de los opuestos principios y la marcha de los eternos designios de la altísima providencia de Dios sobre el mundo.

# EPOCA TERCERA

## DESDE LAS OLIMPIADAS HASTA ALEJANDRO

(Años antes de Jesucristo 776 á 323.—Años de la creación 3228 á 3691.)

### LIBRO PRIMERO

#### CAPITULO I

Desarrollo de la historia en las naciones orientales y occidentales desde la era de las olimpiadas.—Introducción.—Ojeada general sobre el período histórico de las olimpiadas.—Grecia.—Persia.—Macedonia.—Roma.—India y China.

Fuentes: Cantú.—Riancey.—Moehtler.—Segur.—Rorbancher.

La era de las olimpiadas, dijimos en otro lugar (1), es el verdadero punto de partida de los tiempos históricos. Bossuet y Cantú, generalizando esta época, nos la ofrecen, cada uno bajo el punto de vista que considera la historia: el gran pensador católico, como desarrollo de los imperios y continuación de la religión; el célebre historiador italiano, como el momento histórico de la superioridad y triunfo de la civilización europea sobre la asiática.

Para nosotros esta época de movimiento y de luchas, de politeísmo y refinada cultura, anatematizada por la voz vigorosa de los profetas, ofrece al ánimo atento y pensador los tristes efectos de una quimérica dirección religiosa y las amargas consecuencias para la civilización social, cuando sin una noción clara del origen de la vida, sin una creencia cierta y arraigada en las altísimas verdades revela-

das, va la humanidad buscando inútilmente entre los vtores de las batallas, el bien y la felicidad, que no es posible lograr por esos caminos.

Déjase sentir en la marcha de los destinos de la humanidad la benéfica acción de la Providencia, tanto más, cuanto más íntimamente vive unido el hombre; y á medida que se aleja de su ley, le vemos caer de precipicio en precipicio, ó girar como estrella errante y perdida en las regiones del espacio. En la primera época, la criatura está más cerca de su felicidad, porque está más cerca de Dios; en la segunda, con su caída y con el castigo patente de sus maldades reprimidas, vuelve sus ojos al cielo, y hállase el pueblo de los justos; en la tercera, una gran parte de los hombres, sin fe en lo pasado y sin esperanza en lo porvenir, doblan su rodilla ante el becerro de oro, ante los dioses de barro, y la esclavitud y el vicio, y la pestilencia y la tiranía, extienden sus ne-

(1) Tomo I, pág. 225 y siguientes.